

Entrañas de misericordia

Jesús, ternura de Dios

Pedro Fraile Yécora



Diseño de cubierta: Estudio SM

© 2015, Pedro Ignacio Fraile Yécora
© 2015, PPC, Editorial y Distribuidora, S.A
Impresores, 2
Parque Empresarial Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)
ppccedit@ppc-editorial.com
www.ppc-editorial.com

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la Ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de su propiedad intelectual. La infracción de los derechos de difusión de la obra puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos vela por el respeto de los citados derechos.

*A Silvia, testigo
de la entrañable misericordia de Dios en su vida,
que hoy compartimos con alegría.*

SIGLAS UTILIZADAS

1QS	<i>Regla de la Comunidad. Textos de Qumrán</i>
4Mac	Cuarto libro de los Macabeos. Libro apócrifo de los LXX
BHS	<i>Biblia Hebraica Stuttgartensia</i> (1984)
BTI	<i>La Biblia. Traducción Interconfesional</i> (2008)
EvTom	<i>Evangelio de Tomás. Apócrifo gnóstico</i>
DM	<i>Dives in misericordia. Encíclica de Juan Pablo II</i> (1980)
GNT	<i>The Greek New Testament</i> (1975)
LB	<i>La Biblia</i> (2001)
LXX	<i>Septuaginta</i> (o Setenta). Versión griega de la Biblia hebrea (siglo II a. C.)
NBE	<i>Nueva Biblia Española</i> (1975)
NBJ	<i>Nueva Biblia de Jerusalén</i> (1998)
NVg	<i>Nova Vulgata</i> (1986)
SalSal	<i>Salmos de Salomón. Libro apócrifo de los LXX</i>
SB	<i>Sagrada Biblia, de la Conferencia Episcopal Española</i> (2011)
SB-CI	<i>Sagrada Biblia, de Cantera-Iglesias</i> (1979)
TestZab	<i>Testamento de Zabulón. Apócrifo del Antiguo Testamento</i>
TgPsJ	<i>Targum Pseudo-Jonatán</i>

ÍNDICE

SIGLAS UTILIZADAS.....	7
PRÓLOGO, de Mons. Eusebio Hernández Sola.....	9
PRESENTACIÓN.....	11
Volver al Dios de Jesús.....	14
Una teología de la misericordia.....	18
El campo semántico de la misericordia.....	20
Los frentes débiles de la misericordia.....	23
Los adversarios y las incompatibilidades de la misericordia.....	24
Religiones y misericordia.....	26
1. DIOS ES COMPASIVO Y MISERICORDIOSO.....	30
1. El Señor es un Dios compasivo.....	33
a) Las tres revelaciones sucesivas de Dios	34
b) Israel ora al Dios compasivo y misericordioso.....	40
c) Las liturgias penitenciales.....	42
d) Una historia de la salvación.....	45
2. Dios está «a favor» de su pueblo.....	48
a) La súplica individual.....	49
b) El gran Hallel.....	51
c) Los límites de la misericordia.....	54
3. Oseas, profeta de la ternura.....	58
a) Un poema de amor en cinco actos.....	59
b) Un vuelco en el seno de Dios.....	61
c) De la misericordia al amor.....	63
4. Jonás: la resistencia a la misericordia.....	67
a) Una narración catequética.....	67

b) Un profeta contrariado con Dios	71
c) Un Dios sorprendente	72
2. JESÚS, TERNURA DE DIOS.....	74
1. Bienaventurados los misericordiosos.....	74
a) Dichoso el hombre.....	75
b) Las bienaventuranzas de Jesús	77
2. Misericordia, una palabra de los evangelios sinópticos	80
a) Señor, ten misericordia de nosotros.....	80
b) Parábolas, sentencias y «ayes»	83
3. Jesús «se duele»	85
a) Le duele la gente.....	86
b) Le duele el dolor de la persona.....	89
4. La mirada compasiva de Jesús	91
a) Vio y se compadeció	92
b) Dos parábolas.....	93
5. Lucas, evangelista de la misericordia	96
a) Entrañas de misericordia	96
b) Misericordia narrada	98
c) Misericordia con la persona perdida	100
6. Dios es rico en misericordia.....	102
3. ¿SED PERFECTOS O SED MISERICORDIOSOS?	105
1. La perfección en el Antiguo Testamento	105
a) Vida íntegra y sin tacha.....	106
b) Camino perfecto	108
c) Corazón perfecto	112
d) La perfección en el libro de la Sabiduría...	114
e) La perfección en Qumrán.....	115
2. La perfección en el Nuevo Testamento	117
a) Mateo y la perfección.....	117
b) Una sentencia de Jesús con dos versiones	121
c) Los mandamientos de la Ley y la perfección.....	122
d) La propuesta de Lucas.....	125
e) Otros textos neotestamentarios	127

4. JESÚS, SUMO SACERDOTE MISERICORDIOSO.....	129
1. Sacerdotes sin misericordia	129
a) El Templo de Jerusalén	130
b) El día de la Expiación	131
2. Jesús, sacerdote misericordioso	134
a) Jesús y el Templo	134
b) Dos formas de mediación y de salvación..	136
c) La perfección de Jesús es su misericordia .	137
5. MISERICORDIA Y VIDA.....	139
1. Misericordia en acción	140
a) Una forma de relacionarse.....	140
b) Visibilidad de los invisibles.....	142
c) Políticas de misericordia	143
d) Educar en misericordia	144
2. Misericordia e ideología	145
a) No existe una ideología misericordiosa.....	146
b) Justificación de la venganza.....	146
c) Magnanimidad y grandeza de espíritu.....	148
3. Misericordia y perdón.....	150
a) El Señor es un Dios que bendice	150
b) El Señor es un Dios del perdón.....	153
c) La audaz pretensión de Jesús	155
d) Sacramento de la misericordia.....	157
4. Misericordia y culto	161
a) La denuncia del falso culto	161
b) ¿Culto sin misericordia?	164
c) Cuando presentes tu ofrenda ante el altar.	165
EPÍLOGO	167
BIBLIOGRAFÍA	169

PRÓLOGO

La misericordia es un tema antiguo y siempre nuevo. Los cristianos pedimos con insistencia la misericordia de Dios. En la Salve rezamos a María: «Dios te salve, Reina y Madre de misericordia». En la eucaristía comenzamos poniéndonos en las manos misericordiosas de Dios: «Señor, ten misericordia de nosotros, porque hemos pecado contra ti». Nos sabemos pequeños y pecadores; somos de barro, pero no estamos abandonados a nuestra suerte. Creemos en un Dios que es Padre y «clemente y misericordioso», como rezamos en los salmos.

El papa Francisco ha convocado un Año de la Misericordia. Sin duda lo hace movido al contemplar el sufrimiento de nuestro mundo, que se empeña en adentrarse por caminos de guerras, violencias e injusticias que no conocen límite. La pobreza creciente de la mayor parte de la humanidad no es para tomarla como un simple número en las estadísticas. La violencia que se apodera de países y se ceba con los más débiles no se puede ocultar. El bienestar de unos pocos no puede cegarnos y ocultar el malestar de la mayoría.

En muchas ocasiones he tenido la ocasión de hablar largo y tendido con el entonces cardenal Bergoglio, hoy papa Francisco, cuando desempeñaba mi servicio en la Congregación para los Institutos de Vida Consagrada y Sociedades de Vida Apostólica, allí en Roma. Recuerdo ahora cómo la misericordia y la compasión estaban presentes en su pensamiento y en su corazón. A veces él me preguntaba y se preguntaba en voz alta cómo hubié-

ramos actuado nosotros si hubiésemos estado en las situaciones desgarradoras o penosas de esas personas que se nos presentaban. Me decía: «Si Dios tiene misericordia con ellos, ¿cómo no la vamos a tener nosotros?».

La misericordia divina no quiere decir que Dios no vea, no sufra, no tenga en cuenta el dolor de la humanidad. Todo lo contrario. Porque Dios conoce el corazón de cada hombre sabe que solo el perdón y la misericordia pueden sanar y ser garantía de futuro y de esperanza.

El dolor humano está causado por la agresión física y por el insulto; por la injusticia y la violencia; por los atropellos y violaciones; pero también hay un dolor moral: el que nace de la culpa y el pecado. El anuncio de la misericordia es clemencia para quien pide una segunda oportunidad, porque quiere rectificar su vida, y es perdón para quien se sabe indigno ante Dios.

El Año de la Misericordia está dirigido a todos aquellos que no se sienten tan seguros de sí mismos, tan soberbios y engreídos que nunca piden perdón. La misericordia es un acto de humildad por parte de quien la pide y un acto de magnanimidad por parte de quien la concede.

El teólogo turiasonense Pedro Fraile nos ofrece estas reflexiones fundadas en la Palabra de Dios. Un recorrido por la Escritura, tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento, que nos lleva de la mano para adentrarnos en el mundo de la misericordia divina, que se derrama sobre la humanidad para hacer de ella un lugar de encuentro con todos, con los más desfavorecidos y con Dios.

+ EUSEBIO HERNÁNDEZ SOLA, OAR,
obispo de Tarazona

PRESENTACIÓN

Mientras dure la andadura del ser humano sobre la tierra, Dios seguirá siendo horizonte que alcanzar, misterio que desentrañar y pregunta a la que retornar. No es fácil creer en Dios; tampoco negarlo. A la afirmación, entre desdeñosa, ingeniosa e hiriente, de «si Dios existe, es su problema», solo cabe la respuesta: «Si Dios existe, es mi problema».

No faltan quienes han logrado una «serena aceptación de la finitud». Viven sin ninguna referencia a Dios y dicen que la felicidad de esta vida no está sujeta a una afirmación de su existencia. No dependemos de él para nada. No lo necesitamos. Pudiera ser que un grupo de personas vivan conscientes de esta finitud, de las tragedias y contradicciones del mundo, y que lo acepten; pero, ¿pueden prescindir de la misericordia?

Pasarán las generaciones y una tras otra tendrán que volver a la gran pregunta que ningún tratado puede cerrar: «Es plausible creer en Dios?», y, si lo es, ¿qué tiene que ver en mi vida y con mi forma de vida? Dios no es ajeno a ti, sino que está en ti.

En lo más hondo, mar adentro,
en lo más hondo de tu mirada
y de tu propio rostro,
escondido, Dios se halla¹.

¹ D. SABIOTE, *De tu vida y la mía*. Palma de Mallorca, 2015, p. 104.

Para algunos, la pregunta crucial que hay que responder ya no es esta, sino una más compleja: aceptando que Dios existe, e incluso que sea importante para nosotros, ¿podemos decir que Dios es misericordioso? La mirada retrospectiva a la historia de la humanidad y a la de cada uno de nosotros individualmente impone un paisaje dramático: el escenario detrás de cada una de las guerras (independientemente de cuáles sean), de las hambrunas endémicas, de los movimientos de desplazados forzosos de millones de personas, de los asesinatos en serie por las distintas ideologías antihumanas que hoy siguen campando a sus anchas, hacen necesaria la pregunta sobre la misericordia de Dios. En el campo del individuo tenemos que afrontar necesariamente los fracasos personales, las rupturas no queridas y toda la panoplia de dolor injusto, de víctimas condenadas, de muertes que destrozan la vida y de enfermedades traumáticas. ¿Cómo hablar, sin faltar al sentido común y al sentido humano, de la misericordia de Dios? Recordamos cómo el rechazo a Dios tiene, como una de las causas más determinantes, el sufrimiento del inocente. Cada cual que ponga sus casos, que no pueden describirse sumariamente.

En este panorama, que no es «de escuela filosófica», sino «de calle», de «tejas para abajo», «de carne y hueso», aparece la Biblia con un mensaje claro y repetitivo: «Dios es compasivo y misericordioso». Algunos pueden argumentar que no es sino uno de los muchos títulos que recibe Dios, no más importante que otros. Otros recordarán que Dios «ante todo es justo», por lo que una reflexión sobre la misericordia va de la mano con otra sobre la justicia divina. Otros nos recuerdan la reflexión metafísica, que es insoslayable, pues cuando hablamos de Dios no podemos apartar conscientemente su condición de ser «omnipotente», «omnisciente», «omnipresente», etc.

También tenemos que pensar el lugar que ocupa la misericordia y la compasión en la reflexión filosófica.

Citamos a los estoicos, que proponían que la razón debe dominar sobre los afectos, de forma que la imperturbabilidad (*ataraxia*) es el camino para alcanzar la «apatía», sin alterarse ante los vaivenes y sufrimientos de la vida². Citamos a Nietzsche, que se enfrenta directamente con un cristianismo al que acusa de estar al servicio del sufrimiento; «no me gustan los misericordiosos», dirá; él prefiere Dionisos al Crucificado. Tras un cruel siglo xx, donde se han sobrepasado todas las líneas rojas de la violencia (guerras de trincheras, campos de concentración, asesinatos en masa, genocidios de armenios, de judíos, de rusos, de coreanos, de bosnios; en estas primeras décadas del siglo xxi, genocidios de minorías cristianas, etc.), los filósofos vuelven a pensar el dolor, el perdón, la misericordia, no como postulados académicos, sino como reflexiones imprescindibles. Ahora bien, ¿son contradictorios el mensaje bíblico y la reflexión filosófica? Atenas y Jerusalén no pueden ser enemigos declarados, sino compañeros necesarios de camino³.

Estas páginas solo buscan indagar en la afirmación bíblica sobre la misericordia de Dios. En ningún momento pretendemos bucear en el mundo de la reflexión filosófica o de la teología sistemática, que, siendo indispensables, superan nuestro propósito. La Biblia, leída como Escritura tanto para el pueblo judío en su primera parte, como por el pueblo cristiano en su totalidad,

² Cuentan de un sabio estoico que, al comunicarle la muerte de su hijo, sin perturbarse dijo: «Sabía que era mortal».

³ La expresión «¿Qué tiene que ver Jerusalén con Atenas?» se debe a Tertuliano, apologista y polemista cristiano de Cartago, del siglo ii; cf. *De praescriptione hereticorum* VII, 9. Posteriormente, el filósofo Blaise Pascal (1654) diferencia entre el Dios de los filósofos y el Dios de Abrahán, Isaac y Jacob. Ahora bien, la pretensión de separar de forma drástica la reflexión filosófica de la revelación bíblica conduce a esta a un gueto sin retorno; cf. W. KASPER, *La misericordia. Clave del evangelio y de la vida cristiana*. Santander, 2013, p. 89.

afirma sin rubor y sin titubeos que la misericordia no es un atributo más de Dios, sino que es su fundamento, su forma de expresarse y de actuar en el mundo y con los hombres. ¿No será demasiado pretenciosa esta afirmación? Intentaremos adentrarnos en ella, con respeto a la vez que con rigor.

No podemos dejar de lado en estas líneas introductorias una de las preguntas que más se hace la gente cuando se plantean estas reflexiones. ¿No se contradice la Biblia cuando unas veces habla de que Dios es misericordioso y a continuación leemos cómo manda castigar a pueblos enteros? La podemos formular de forma más estricta: ¿tiene la Biblia un mensaje unitario o cambia según los libros que leamos? No digamos nada si esta contradicción temática o literaria la planteamos en términos de «contradicción de Testamentos»: ¿acaso no es vengativo e incluso cruel el Dios del Antiguo Testamento, mientras que el Dios de Jesús, el del Nuevo Testamento, es misericordioso? Que no estamos en un tema baladí lo demuestra que este problema se planteó ya en el siglo II de nuestra era cristiana con Marción, y siglos después algunas personas lo siguen volviendo a poner encima de la mesa⁴.

Volver al Dios de Jesús

Puede parecer un giro extraño ese de «el Dios de Jesús» para hablar del misterio de Dios. ¿Acaso hay muchos

⁴ Marción fue un rico empresario de la ciudad de Sinope, en el Ponto (orilla anatólica del mar Negro), que se hizo cristiano y se trasladó a Roma. Estamos en el siglo II d. C. Allí defendió que el Dios del Antiguo Testamento era violento y cruel, mientras que el Padre de Jesús era misericordioso. Sembró una semilla de discordia y una pregunta grave, pues lo que estaba diciendo era que había dos dioses; que la Biblia no constituía una sola unidad; que había dos alianzas.

dioses? La respuesta puede ser que sí, si ponemos a Dios con minúscula: están los dioses del poder y del dinero, cuya tiranía, extensión e incluso crueldad la vemos a diario; dioses que exigen una dedicación y servicio total y absoluto.

También están las imágenes de los dioses que hemos heredado de nuestros mayores. Una de las letras del cantautor Joan Manuel Serrat, hablando de la educación de los niños, dice: «Cargan con nuestros dioses y nuestro idioma». Son imágenes muchas veces sin limpiar ni purificar, de la que es tan difícil desprendernos: imágenes de dioses iracundos que no quieren nuestra felicidad, sino que están pendientes de nuestros pecados; dioses a los que tenemos miedo, pero a los que es casi imposible amar; dioses que viven en un mundo muy alejado del nuestro.

La tarea de enfrentarse con la imagen de Dios heredada o que nosotros mismos nos hemos ido haciendo es ardua. Los cristianos no creemos en cualquier imagen de Dios. Cuando decimos «creo» no damos un cheque en blanco para que cada uno ponga lo que considere oportuno. Los cristianos creemos en Dios que se ha ido revelando en la Escritura de forma paulatina, creciente e histórica, y que se ha manifestado de forma plena en Jesús, a quien confesamos como «Hijo de Dios», como «Mesías», como «Señor».

Topamos de nuevo con dos preguntas que no podemos evitar y que afectan directamente al tema de esta obra. ¿Qué significa que Dios se ha ido revelando? ¿Podemos aceptar que unas veces Dios se revela como misericordioso y otras como vengativo? Está en juego la unidad y la coherencia del mensaje bíblico. En las páginas que siguen hablaremos de un Dios que se autorrevela, que se comunica, que nos habla de quién es y de su proyecto para el mundo y la humanidad. Dios se nos revela en las Escrituras de forma paulatina, poco a poco; los velos que cubren el rostro de Dios van cayendo: el

Dios sin nombre que llama a Abrahán da paso al Dios de los padres, de los patriarcas; luego llama a Moisés en el Horeb y dice su nombre; más tarde entrega sus leyes en el Sinaí, etc.

Es una revelación creciente o progresiva que da pasos en el conocimiento de Dios: el Dios peregrino que acompaña al pueblo como un pastor conduce a su rebaño; continúa en el Dios de la libertad, que exige la liberación de su pueblo de Egipto; luego en el Dios de la alianza en el Sinaí; sigue manifestándose como Dios de la justicia social cuando el pueblo establecido en la tierra prometeda cae en la explotación de unos por otros...

Es, por fin, una revelación «histórica» y «en la historia». Es «histórica» porque esa es su forma de comunicación: no mediante reflexiones filosóficas, mitológicas o mensajes codificados, sino acompañando el devenir humano desde la creación, haciéndose visible en un pueblo y abriendo caminos en esta humanidad que es la nuestra. El pueblo de Israel es el pueblo del futuro, de la esperanza, y de la memoria, del pasado. Tanto su misma concepción como libro que desarrolla la historia del pueblo (desde la creación hasta el exilio, continuada por otros libros narrativos) como una serie de textos particulares dan buena cuenta de ello. La memoria de la historia la encontramos en algunos salmos (Sal 78; 105; 106) y en otras composiciones similares (Bar 1,15-2,10; Eclo 36,1-22).

Es asimismo una revelación «en la historia», poniendo toda la fuerza que imaginemos en la preposición «en»; esto supone que Dios se revele cuando el pueblo obedece y sale de Egipto y que se enfade cuando el pueblo se construye un ídolo de oro para adorarlo. Esta preposición «en» supone que no leamos textos «políticamente correctos» para nuestra mentalidad actual, sino que pueden estar embarrados con las costumbres y los hábitos de la antigüedad que hoy nos resultan inaceptables, como la violencia extrema de algunos textos o el papel

secundario en muchas ocasiones de la mujer. Hay que hilar muy fino: Dios se revela como justo, santo, compasivo y fiel; pero no podemos ocultar los textos donde se dice que Dios se enoja, se irrita contra su pueblo y llega a arrepentirse.

Los cristianos damos un paso más. El Dios que se ha revelado en la historia de Israel es personal, activo, presente, creador de vida, ama apasionadamente, pero no tiene rostro ni nombre. La fe cristiana da un paso más allá, muy atrevido y para muchos rozando los límites permitidos. La fe cristiana afirma con osadía que Jesucristo es «el rostro del Dios invisible», el «nombre del Dios innombrable». Felipe, en el evangelio de Juan, busca a Dios, y Jesús le responde con atrevimiento y decisión: «Felipe, ¿todavía no me conoces? El que me ha visto a mí ha visto al Padre» (Jn 14,9). Si la revelación de Dios permanecía oscura y provisional en las Antiguas Escrituras, en la «plenitud de los tiempos», «las escrituras se iluminan con la presencia de Jesucristo y Dios mismo revela de este modo su verdadero rostro ante los hombres»⁵ El Dios que se revela en la antigua alianza como un Dios vivo, apasionado, que busca al hombre humilde y que se deja vencer por él, toma carne, se nos da con nombre y rostro en Jesús de Nazaret. Dos textos, uno de Pablo y otro de Hebreos, abundan en la misma idea: «Después de hablar Dios muchas veces y de diversos modos antiguamente a nuestros mayores por medio de los profetas, en estos días nos ha hablado por medio del Hijo, a quien constituyó heredero de todo [...] El Hijo es resplandor de su gloria e imagen perfecta de su ser» (Heb 1,1-3). La humanidad entera ya no vive en el tiempo de la promesa, sino del cumplimiento, de la plenitud, la *plenitudo temporis*: «Cuando llegó la pleni-

⁵ CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, *Dios es amor*. Instrucción pastoral en los umbrales del tercer milenio. Madrid, 1998, p. 30.

tud de los tiempos, Dios envió a su propio Hijo, nacido de mujer, nacido bajo el régimen de la ley, para liberarnos de la sujeción de la ley y hacer que recibiéramos la condición de hijos adoptivos de Dios» (Gál 4,4-5).

Una teología de la misericordia

Si buscamos la palabra «misericordia» en los documentos eclesiales, en los manuales de teología, incluso en algunos diccionarios de teología bíblica, nos llevamos una desagradable sorpresa. Ha sido la gran olvidada. En muchos tratados de teología, los autores han pasado de largo sin dedicarle unas líneas, otros la citan de pasada, indicando que conocen su existencia, pero que no la consideran nuclear.

Sorprende que en el magisterio de la Iglesia tampoco se le haya dado un relieve a esta importante realidad que nos desvela el ser de Dios. El primer papa en recuperarla, aunque de forma tímida, fue Juan XXIII en el discurso de apertura del Concilio Vaticano II; estamos finalizando el año 1962: «[La Iglesia] a menudo ha condenado los errores con gran severidad. Hoy la esposa de Cristo prefiere emplear la medicina de la misericordia antes que levantar el arma de la severidad». El papa que más la impulsará será Juan Pablo II, dedicándole la segunda encíclica de su pontificado: *Dives in misericordia* (1980). Para el papa polaco, la misericordia es la tarea principal de la Iglesia: «Por eso, la Iglesia debe considerar como uno de sus deberes principales –en cada etapa de la historia, y especialmente en la edad contemporánea– el de proclamar e introducir en la vida el misterio de la misericordia, revelado en sumo grado en Cristo Jesús» (DM 14).

Pero su recuperación para la teología y la espiritualidad no ha sido ni rápida ni fácil. Los finales de los años ochenta y los comienzos de los noventa del siglo pasado

verán cómo recupera poco a poco el puesto que siempre debió tener y que hoy se reclama. El papa Francisco ha hecho de ella un motivo recurrente y central de su pontificado. Hay que desarrollar una teología de la misericordia. Este libro es solo una contribución a esta tarea que debería desarrollarse sustentada en tres pies.

En primer lugar, una «teología narrativa» que no se caiga de las manos. Son muchos los intentos, pero no es imposible. El conocido libro *El peregrino ruso* se desarrolla tomando una frase paulina como único argumento: «Orad ininterrumpidamente» (1 Tes 5,17)⁶. De forma bella, el autor anónimo de esta obra nos va llevando por las estepas rusas de la mano de este peregrino que repite sin cesar, en forma de oración ininterrumpida: «Jesús, ten misericordia de mí».

Debe ser también una «teología bíblica». No una antología de textos, sino una narración desarrollada conforme al patrón histórico, humano, literario, espiritual y teológico que descubrimos en la propia Biblia. Narración del acompañamiento, callado o ruidoso, insinuado o evidente, de Dios por nuestras vidas. No es posible ni correcto hablar de este tema fijándose únicamente en la terminología, en su frecuencia y en su distribución, si bien marcan un camino ineludible que seguir. Por fin debe ser una «teología práctica», que nos lleve a cambiar de vida.

¿A quién van destinadas estas páginas? Estas líneas están escritas pensando en aquellas personas que piensan que la teología no es «terreno particular» de nadie. Los que están buscando una imagen y una experiencia de Dios que sintonice con lo más profundo de ellos mismos, con la gran tradición de la Iglesia y con los retos que nos presenta el mundo moderno.

⁶ *El peregrino ruso*. Madrid, 2011.

El campo semántico de la misericordia

No podemos olvidar en esta introducción una detallada referencia al lenguaje que usamos, del que nos servimos y que unas veces se presenta como puente y otras como obstáculo. El campo semántico de la misericordia es muy amplio tanto en hebreo como en griego, así como en español. Hay que estar atentos a los matices que encierran las palabras y a sus usos.

La palabra «misericordia» no resume todos los sentimientos de afectación piadosa y efectiva hacia otras personas. La misericordia, en su etimología latina, tiene que ver con corazón (*cor/cordis*) y con pobreza en toda su amplia significación (*miser*)⁷. El que tiene misericordia tiene un corazón que no solo mira desde la distancia a los pobres, sino que se pone de su parte y que actúa en su favor. Estos pobres, estos *miseri*, son víctimas de la pobreza económica, social, laboral o violenta; de la espiritual y moral. Dios tiene misericordia del pueblo esclavo de Israel, de los pobres de su pueblo, de los pecadores. Jesús tiene misericordia de los enfermos, los discapacitados y los pecadores. Pero la palabra «misericordia» en español no es siempre positiva; con frecuencia nos lleva al mundo de la penuria absoluta humana y moral. El adjetivo «miserable» da paso a un sustantivo, de forma que «los miserables» pueden designar un grupo humano⁸; también da paso al insulto, cuando de alguien

⁷ El latín ofrece un amplio abanico de términos que tienen que ver con esta raíz. El sustantivo latino *miseria* indica la «adversidad, pena, desventura o dificultad», y el sustantivo *miseratio* expresa la «conmiseración». Conoce el adjetivo *miser* con un sentido negativo de «persona mísera, desgraciada o infeliz», y en sentido moral de «atormentada». *Miserabilis* se refiere a una persona, cosa o situación «patética, triste o deplorable». *Miserandus* es aquel digno de lástima. El verbo *miserereor*, por fin, tiene el sentido de tener compasión de estas personas.

⁸ Cf. la novela *Los miserables*, de Víctor Hugo (1862).

con un comportamiento odioso y deplorable se dice que es un «miserable».

La segunda palabra que usamos, muchas veces de forma indistinta, es la de «compasión». Esta tiene un origen griego. Tiene que ver con el *pathos*, con el sufrimiento, con el dolor y la pasión; también con el afecto y el mundo de los sentimientos. La lengua española se sirve habitualmente de ella: a la compasión le acompañan la «simpatía» y la «antipatía», la «apatía» y la «empatía»⁹. Podemos «tener compasión» y podemos «ser impasibles».

Una tercera palabra, por seguir un orden riguroso conforme al uso de los términos en la Biblia, es la que se refiere al mundo de la «ternura». En español usamos la palabra «entrañas» con sentido polivalente. Una persona «con entrañas» se conmueve ante el sufrimiento ajeno. En ámbito familiar afectivo se habla del «hijo de mis entrañas»; de una persona cariñosa, cercana, sencilla y dulce decimos que es «entrañable». Por el contrario, de una persona cruel decimos «que no tiene entrañas». En otro sentido, que no atañe a este trabajo, también se denominan las «vísceras». Tanto el Antiguo como el Nuevo Testamento, hebreo y griego, presentan esta terminología de las «entrañas» con sentido de «ternura» que motiva la actuación en favor del otro.

Estas son las tres principales palabras que vamos a ir desgranando poco a poco de forma progresiva en este trabajo: misericordia, compasión y ternura. Las tres tienen testimonio propio individual y distintivo tanto en

⁹ La simpatía (*syn-patheia*) es la conformidad de sentimientos, el afecto de una persona hacia otra; su antónimo es la *antipatía*. La apatía (*a-patheia*) es la carencia de afección o pasión; la impasibilidad, indolencia o dejadez. Por empatía entendemos la capacidad de una persona de participar en los sentimientos de otra; no es necesariamente un sentimiento positivo, sino ambivalente: podemos empatizar con una persona buena que busca hacer el bien, pero podemos empatizar también con una persona rencorosa.

hebreo como en griego. Pero en español el arco de posibilidades es más amplio. Refiriéndonos a este mismo campo del sentimiento íntimo que se vuelca sobre los demás de forma positiva y activa hablamos también de «tener piedad» o de «clemencia». Ambos son válidos, si bien se refieren a campos diferenciados: la «piedad» se mueve en el campo de los sentimientos religiosos (*pietas*). La piedad es propia de la persona «piadosa», mientras que la «impiedad» es propia de la persona «impía». Por extensión, también decimos de alguien que muestra sentimientos duros, sin llegar a la crueldad, que esa persona «no tiene piedad». A la persona que es «buena», «íntegra», «humana» y «religiosa» se le presupone la «piedad»; la persona que es «dura», «cínica», «inmoral» y «descreída» se suele colocar en el lado de quienes viven y actúan «sin piedad».

La clemencia nos lleva al mundo del juicio, de los tribunales, del poder superior: una autoridad puede ser «clemente» con la persona que espera un veredicto o una decisión; la «inclemencia» expresa una experiencia no deseable, temible. De forma metafórica, ante el dios Eolo, ante la autoridad inapelable de la meteorología, hablamos de las «inclemencias del tiempo». Ante la dureza de la realidad, que se nos impone, muchas veces de forma severa, incluso cruel, hablamos de las «inclemencias de la vida».

Dentro del círculo más amplio de la actitud de benevolencia nos servimos de otras palabras: conmiseración, altruismo, solidaridad. Todas ellas son como la corona que quiere dar su máximo brillo y esplendor a la misericordia, como si esta palabra no fuera suficiente.

Ahora bien. No todas las palabras o expresiones valen. También hablamos de «dar lástima» o «dar pena». Ambas se salen del campo de la misericordia bíblica. Dios actúa por misericordia y por compasión, porque no soporta el mal o porque se posiciona con el débil frente al fuerte; pero nunca actúa o toma decisiones porque el pobre, el

enfermo o el pecado le «den pena». Algunas traducciones de la Biblia en español usan esta palabra, «lástima», pero no es una traducción correcta de una determinación que tiene que ver con la misericordia activa, con las entrañas que se conmueven, con la compasión que hace frente al pecado y al mal en todas sus formas.

Los frentes débiles de la misericordia

La misericordia no es, sin embargo, una virtud evidente que no admita discusión ni tenga flancos débiles. La misericordia, lejos de ser un «discurso persuasivo», de despacho o de aula, se hace realidad cada día en la calle, en cada momento, y en situaciones muchas veces dolorosas, injustas o extremas. Por eso no se puede confundir con cualquier actuación de buena voluntad o con una rebaja de las exigencias propias de la vida humana y cristiana. Podemos hablar de cuatro frentes o flancos a los que atender para evitar que se convierta en una suerte de «suavizante» de la ética.

Está primero, en el ámbito social, religioso y político, el flanco de la «falsa misericordia», que se da de forma palpable en el conflicto entre el verdugo y la víctima. No se puede proteger al verdugo en aras de intereses superiores, de ideologías o proyectos a largo plazo. La defensa de las víctimas es prioritaria a la de los verdugos. Ser misericordioso no es ser «políticamente correcto», claudicando ante los violadores y los violentos, ante los mentirosos, farsantes y manipuladores.

Está el flanco de la misericordia «mal entendida», que encontramos en el ámbito de la educación y del gobierno. La lengua francesa la conoce como el *laissez faire*. Los padres pueden renunciar a la corrección de los hijos; los educadores, de los educandos; los gobernantes, de los súbditos, bien para evitar conflictos, bien argumentando que la libertad individual es soberana, bien deci-

diendo que cada cual debe pasar en sus propias carnes por todo tipo de experiencia, incluso las límite. La misericordia bien entendida no está reñida ni con la advertencia, ni con la instrucción, ni con la corrección necesaria. Ser misericordioso no es ser un «blandengue». Por extensión al mundo religioso, un «Dios misericordioso y compasivo» no es el «abuelo bonachón y risueño».

Está el flanco de la «contraposición» entre misericordia y la justicia y los derechos humanos. En nombre de la misericordia no se puede eludir conscientemente la justicia debida ni pisar derechos preconstitucionales. El ámbito del derecho a la vida es un campo fundamental a la vez que muy sensible. Sería el caso de pedir el aborto de un niño que viene con discapacidad, argumentando el dolor de la madre o la imposibilidad de que alcance una calidad de vida suficientemente humana. Sería el caso de la muerte provocada de personas en estado terminal «por misericordia, para que no sufran». La misericordia no busca juzgar a nadie; el juicio solo es de Dios; pero las decisiones humanas graves no pueden cobijarse en el paraguas de una misericordia parcial.

Está, por fin, el flanco de la «ocultación de la verdad». En nombre de la misericordia no se puede ocultar conscientemente la verdad sobre una realidad. La misericordia no puede ser una excusa para la desinformación; menos aún para la opacidad. Es el caso de enfermos terminales a los que no se les habla con claridad. Pueden darse casos muy delicados, incluso contraproducentes, pero, ¿no tiene derecho el ser humano a afrontar con lucidez su propia suerte?

Los adversarios y las incompatibilidades de la misericordia

Tampoco podemos ignorar a aquellos que, desde una posición religiosa –no sé si cristiana–, prefieren un «Dios

fuerte» a un «Dios misericordioso». Para los que así piensan, la debilidad es una carencia tan enorme que no pueden concebir un Dios débil. Proyectan la dificultad y el combate de la vida ordinaria, en la que solo los fuertes triunfan, y no se pueden imaginar a un Dios que se ponga al lado de los pobres o de las víctimas. Sueñan con un Dios vindicativo que dé respuesta a lo que ellos, desde su debilidad, no pueden ni siquiera soñar.

Otros ven en la compasión y en la misericordia el argumento de los pobres que proyectan en Dios su misma condición. El cristianismo sería para ellos una religión de personas débiles, que no lleva en sí semillas de futuro, sino de conmiseración. El cristianismo, como religión que fomenta la misericordia, la compasión y la ternura, debería desaparecer, pues es molesta a una sociedad competitiva e inmisericorde.

Dicho de forma expedita, para que todos nos entendamos: en una sociedad dura y sin entrañas, los ancianos no son productivos y cuestan mucho dinero; los enfermos crónicos terminales resultan muy caros a las arcas de la Administración; los niños que nacen con defectos congénitos son una carga insoportable para los padres. Los enfermos mentales son molestos y nadie habla de ellos; pasan a ser «hospitalizados», de forma que poco a poco se conviertan definitivamente en «invisibles». Los vagabundos son objeto de «redadas» cuando se organizan acontecimientos urbanos, y en casos extremos y execrables llegan a ser salvajemente golpeados por violentos sin principios ni escrúpulos.

A una sociedad que ha renunciado al «principio misericordia» no le tiembla el pulso cuando tiene que tomar decisiones sobre estas personas. La única salida que tienen los débiles y los pobres es la misericordia, que es un don de Dios.

La misericordia tiene sus adversarios y sus incompatibilidades: la más clara de ellas es, sin duda, la esclavitud. Hoy hay muchas formas de esclavitud: la trata y el

comercio de personas con fines de explotación sexual es una esclavitud moderna. El trato inhumano a emigrantes que no tienen nada más que la fuerza de sus manos y la resistencia de su espalda para trabajar es otra forma de explotación, aunque sean personas libres. El racismo, que excluye a las personas por razón de su origen, color o religión, fomentando nuevos guetos en las ciudades donde se reúnen los de una misma condición social, muchas veces en situaciones límite, dando lugar a los «pisos patera».

No es posible articular una relación positiva o favorable entre la misericordia, la esclavitud y el racismo. La misericordia excluye esas otras realidades porque el ser humano es libre, por constitución y por decisión de Dios. Su dignidad no depende de un nivel cultural, de una condición racial, mucho menos de una ubicación social o de un estamento económico. La dignidad del ser humano trasciende los arquetipos sociales para fundamentarse en su condición de ser criaturas amadas por Dios.

Religiones y misericordia

Las religiones politeístas griegas y romanas eran ricas en mitos, en leyendas, en dioses que se mezclan con los humanos, que les superan en pasiones y en emociones. Pero no son dioses que se apiaden, que tengan misericordia, menos aún que se comprometan con los seres humanos, de los que siempre se mantienen distantes.

La tercera religión monoteísta, tercera por orden de aparición en el devenir histórico (la fecha de la hégira de Mahoma desde La Meca a Medina se fecha en el 622 d. C.), es el islam. De los noventa y nueve nombres de Dios, dos de los más importantes son «Clemente y Misericordioso». Las 144 *suras* o *azoras* del Corán, con una sola excepción, comienzan así: «En el nombre de Alá, el

Clemente, el Misericordioso». Sin embargo, no es posible, por su distinto enfoque literario, establecer comparaciones entre la Biblia, fundamentalmente una narración, aunque tenga otros géneros, y el Corán, fundamentalmente dichos y sentencias recogidos en distintos órdenes. Podemos destacar cómo el árabe recoge la misma referencia simbólica a las «entrañas» para hablar de la misericordia¹⁰.

Hace unos años oí esta expresión que me gustó: «El judaísmo es la religión de la esperanza; el islam, de la fe; el cristianismo, de la caridad». Aun sabiendo que los eslóganes y dichos suelen pecar de reductivos y reductores, suelen ser minimalistas, es una expresión que repito con frecuencia.

El judaísmo es en verdad la religión de la esperanza, pues no en vano viven de la espera del Mesías, que aún no ha llegado para ellos. Cada año, durante cerca de veinte siglos, el pueblo judío ha brindado en la cena de Pascua: «El año que viene en Jerusalén», aunque los que esto proclamen sean unos pobres campesinos judíos de las estepas rusas o del Magreb. Aún hoy, una vez implantado el nuevo Estado de Israel, muchos judíos siguen esperando el día en que vuelvan a reconstruir el Templo. Viven pensando en el futuro.

La palabra «islam» significa «sumisión», y el musulmán es una persona que acepta ser «sumiso» a Dios. Se objetará que eso no es «fe» como la entendemos nosotros. Los cristianos, cuando hablamos de fe, decimos «encuentro», «confianza», una «fe que dialoga». Para los musulmanes, la fe es la del carbonero: asentimiento total, obediencia ciega. El musulmán acepta la voluntad de Dios y no se rebela contra ella.

¹⁰ En hebreo, las «entrañas» se conocen con el nombre de *rêhem/rahámîm*; en árabe, el nombre españolizado de Abderramán, uno de los grandes reyes musulmanes, se puede traducir como «Siervo del Misericordioso».

El cristianismo, sin negar ni la esperanza ni la fe, se centra en la caridad. La esperanza no la pone en la llegada del Mesías, pues cree que Jesús es el Mesías. Ni en la ciudad de Jerusalén, pues Cristo resucita en cada persona que se abre a él. Es una esperanza abierta al futuro que nos regala Dios en Cristo, futuro de vida plena. El cristianismo no acepta una fe ciega, obtusa, que se puede confundir con el fanatismo. Si Dios habla, cada persona es un interlocutor con Dios en la fe. El cristianismo hace una afirmación revolucionaria que nunca antes había hecho otra religión: Dios es amor. No dice que el amor sea divino, sino que Dios se revela en el amor; habla de amor, provoca el amor y nos pide que entremos en esta dinámica del amor para conocerle a él. Solo el amor habla bien de Dios, del presente y del futuro del hombre. La misericordia funciona como un «principio» que aparece en los momentos fundamentales de la vida humana y religiosa. Dios es amor, y lo hace patente en la misericordia, que sobrepasa cualquier expectativa humana. La misericordia está abierta a la esperanza, pues de lo contrario se ahogaría en un presentismo corto, sin miras. La misericordia necesita de la fe: todos los que piden ayuda a Jesús son personas que creen que él puede ayudarles.

¿Qué decir de las nuevas formas religiosas? Tanto de la recuperación sorprendente de los esoterismos y ocultismos en nuestras sociedades científicas como de las nuevas formas sincréticas de la religión. ¿Qué lugar ocupa en ellas la misericordia, la compasión, como revelación del ser mismo de Dios, como fundamento de la espiritualidad y como horizonte de vida moral, social y religiosa? Me temo que tanto en unas como en otras, la misericordia está totalmente ausente. La misericordia nace en la salida de la persona en búsqueda del otro; la misericordia se desarrolla cuando nos descentramos de nosotros para actuar en favor de los demás. Quien está centrado en sí mismo difícilmente entenderá como religiosa

la actitud no concreta, sino permanente, de la misericordia como elemento indispensable de la espiritualidad. Nuestro reto, por tanto, es escribir una teología y trazar los rasgos de una espiritualidad desde el «principio misericordia», conforme a la espiritualidad y teología bíblicas.

DIOS ES COMPASIVO Y MISERICORDIOSO

Señor, Señor, Dios misericordioso y compasivo,
paciente, rico en clemencia, fiel (Ex 34,6).

El Dios revelado en la Escritura es un Dios apasionado y compasivo. Dios padece por el hombre porque le ama. Dios se «com-padece» de él porque «padece con» el ser humano roto, desahuciado, humillado. Dios es «apasionado»; su movimiento es de «sim-patía» con el ser humano.

Dios, precisamente porque no vive de espaldas al hombre, sino que se deja afectar por él, por su situación, y porque lo hace «apasionadamente», se irrita por la dureza de corazón de su pueblo. La ira de Dios se lee en un contexto de pecado obstinado del hombre. La sentencia no está dictada, por eso el creyente puede orar con la confianza en que Dios cambiará su veredicto.

Estabas irritado porque habíamos pecado [...]
Con todo, Señor, tú eres nuestro padre,
nosotros la arcilla y tú nuestro alfarero:
somos todos obra de tus manos.
No te irrites, Señor, en demasía,
no recuerdes por siempre nuestra culpa:
mira que somos tu pueblo (Is 64,4b.7-8).

La oración que brota del corazón y balbucean los labios en forma de pregunta pide una respuesta: «¿Hasta cuándo, Señor? ¿Vas a estar siempre enojado?» (Sal 79,5). Dios se apasiona y se enoja, pero de forma pasajera; por el contrario, su compasión acompaña al pueblo sin abandonarle:

COLECCIÓN PASTORAL
(Últimos títulos)

El año litúrgico como itinerario pastoral, Casiano FLORISTÁN
Educación de la fe y comunidad cristiana, Secundino
MOVILLA

Praxis sacramental y compromiso de fe, Luis MALDONADO

Palabras al corazón. Ciclo A, Emiliano CALLE MORENO

Palabras al corazón. Ciclo B, Emiliano CALLE MORENO

Los laicos y el futuro de la Iglesia, Jesús MARTÍNEZ GORDO

Y la llamaron misa. De la cena clandestina a la retransmisión televisiva, Martín VALMASEDA (2ª ed.)

Id y curad. Evangelizar el mundo de la salud y la enfermedad, José Antonio PAGOLA (4ª ed.)

El Evangelio en el ciberespacio, Pierre BABIN y Angela
Ann ZUKOWSKI

Estoy en duelo, José Carlos BERMEJO (6ª ed.)

El humor de Jesús y la alegría de los discípulos, Eduardo
ARENS

Una historia de amor, José Luis PÉREZ ÁLVAREZ

Parroquia de barrio, Luis BRIONES

De nuevo en Pentecostés. Hacia un modelo mariano de Iglesia, José María ARNAIZ

Jóvenes e Iglesia. Caminos para el reencuentro, José
Joaquín CEREZO y Pedro José GÓMEZ SERRANO (2ª ed.)

Mística en el espesor de la vida, José María AVENDAÑO PEREA

Vivir el ocaso, Arnaldo PANGRAZZI

Cuidarse a sí mismo, Luciano SANDRIN / Nuria CALDUCH-
BENAGES / Francesc TORRALBA

Frágil vida, Luciano SANDRIN

Orar para vivir. Invitación a la práctica de la oración,
Juan MARTÍN VELASCO (2ª ed.)

Religiosidad popular, Mons. Carlos AMIGO VALLEJO

Oración para una Iglesia más viva, Lázaro ALBAR MARÍN

Soy mayor, José Carlos BERMEJO
Necesidades espirituales de las personas enfermas, Anna RAMIÓ JOFRE (coord.)
Vida y ministerio. El Cura de Ars, la parroquia y el sacerdote, Mons. Carlos AMIGO VALLEJO
Humanizar el sufrimiento y el morir, José Carlos BERMEJO
Resiliencia, José Carlos BERMEJO (2ª ed.)
Nos sobran los motivos, Pedro José GÓMEZ SERRANO
Testamento vital, Rosa María BELDA y José Carlos BERMEJO
Servidores de la Palabra, César VALERO BAJO (coord.)
La profecía en la Iglesia, José COMBLIN
Doble drama. Humanizar los rostros de la pederastia, José Carlos BERMEJO / Marta VILLACIEROS
«Busca la fe...». Fortalecer la fe del pastor para alentar la fe del rebaño, Alfonso CRESPO
El Vaticano II contado a los que no lo vivieron, Daniel MOULINET
Evangelizar en el planeta digital, Juan RUBIO FERNÁNDEZ
Madurez, sentido y cristianismo, Antonio ÁVILA BLANCO
Yo creo. Un comentario al Credo de los Apóstoles desde la Biblia, Miguel Ángel FERRANDO, SM [PPC Argentina]
Vida y sacramentos, Quintín CALVO CUBILLO
Diccionario de religiosidad popular, Mons. Carlos AMIGO VALLEJO
Perdón y reconciliación. La mirada de la psicología, Luciano SANDRIN
Vida y misión compartidas, José María ARNAIZ (2ª ed.)
La comunidad parroquial, Baldomero RODRÍGUEZ CARRASCO
Reflexiones incómodas sobre la celebración litúrgica, José Manuel BERNAL LLORENTE
Una promesa atrevida. Espiritualidad del matrimonio cristiano, Richard R. GAILLARDETZ
Evangelii gaudium en clave de parroquia misionera, Pedro JARAMILLO RIVAS
Al estilo de Jesús, Rafael LUCIANI